

SIRIA Y EL ENFRENTAMIENTO ROMANO-SASANIDA EN EL SIGLO IV d.C.

Elisa Garrido González

La situación en la que se encontraba durante la Antigüedad Tardía el territorio de Siria está determinada por el hecho de que, junto con otras regiones del Próximo Oriente, Siria constituía la línea fronteriza oriental del Imperio Romano.

Pues bien, las condiciones en las que se desarrollaba la vida en la frontera oriental de Roma durante el s. IV d. C. están irremediablemente supeditadas por un factor, la existencia de un Estado vecino y rival: la Persia Sasánida.

La impresión que de las fuentes contemporáneas se puede deducir es que Roma consideraba a Persia como el máximo enemigo¹. Es decir, en la literatura latina, Persia siempre está caracterizada de un modo desfavorable, en el que los rasgos negativos como la lujuria, la crueldad o el afeminamiento han llegado a formar una serie de *topoi*². Esta opinión se debe, en parte, a que Roma estimaba que el ascenso de la dinastía Sasánida suponía la victoria de la reacción oriental contra los helenizados partos Arsácidas.

En consecuencia, Roma veía en los Sasánidas, a los enemigos tanto del mundo clásico como de ellos mismos³. De ahí se deduce que el Estado romano considerase que su misión era la de continuar y por lo mismo salvaguardar la tradición helenística, de manera que la Roma tardoimperial pretenderá ser la heredera de los griegos de Maratón y

* La base de este artículo se encuentra en una conferencia que dicté en el ciclo de conferencias dado en la Universidad Autónoma de Madrid con motivo de la exposición que allí tuvo lugar en Abril de 1988 con el título: Siria. Encrucijada de la Historia.

¹ Arce, J., "La frontera del Imperio Persa: Constancio II y Heraclio", *Erytheia* 1987, 8, 6.

² Marcone, A., "Il significato della spedizione di Giuliano contro la Persia", *Athenaeum* 1979, 339; Paratore, E., "La Persia nella letteratura latina", *Atti del conv. La Persia e il mondo greco-romano*, Roma 1965, 505-558.

³ Marcone, A., 1979, 338; *Cambridge History of Iran* 3, 1, 568.

Salamina con lo cual se erige en centinela de la civilización de Occidente en Oriente⁴. Por todo ello, parece inevitable la existencia de un conflicto permanente entre Roma y Persia.

Ahora bien, curiosamente los mismos Sasánidas reclamaban algo semejante: es decir, que eran los descendientes de los antiguos reyes del Irán, por lo que exigían la herencia de los Aqueménidas. Así pues, se entiende que el Estado Persa Sasánida fuera el enemigo por excelencia de Occidente⁵.

Por otra parte, si bien la visión historiográfica está dominada por la perspectiva de las relaciones entre dos Estados perfectamente organizados pero que resultan antagónicos: el Estado Romano por una parte y el Estado Persa Sasánida por otra, no debe olvidarse que desde el siglo III en la frontera oriental romana actuaba otro factor. Se trata de un importante elemento que representa además una variable en las relaciones Roma/Persia.

¿A qué nos estamos refiriendo?.

Simplemente a las tribus del desierto de Siria y Arabia -de las que saldrá un día Mahoma- que en esta época aún están muy lejos de formar una entidad estatal; de hecho, muy al contrario, estos pueblos forman un conjunto anárquico cuyo régimen de vida era el nomadismo.

El rasgo que nos interesa destacar es que si bien estas tribus se alían tanto con Roma como con Persia, sin embargo no establecen lazos de amistad permanente con ninguno de estos Estados; por lo cual, estas tribus representan un grave peligro potencial, pues -situadas en una tierra de nadie- existía siempre la posibilidad de que en un determinado momento podían cambiar de aliado; un ejemplo de ello, lo veremos posiblemente en el caso de la muerte del Emperador Juliano, pues según Libanio el soldado que mató a Juliano era un *Taienos*, nombre que es la versión griega del siríaco *tayyaye*, el cual es el equivalente al común *sarakenoi* que se utiliza en el s. IV⁶.

Lo cierto es que la actitud recelosa de Roma hacia estas tribus resulta evidente si se tiene en cuenta que precisamente el *limes arabicus* se construyó contra ellas. Es decir, el gobierno romano solo consideraba una alternativa: o bien estas tribus se aliaban con él o bien se las sometía.

El desarrollo de las relaciones político-militares entre el Estado romano y el Estado persa no resultan del todo mal conocidas durante el Bajo Imperio. Sin duda alguna, las reivindicaciones territoriales expuestas por ambos Estados constituyen el punto de litigio permanente, el cual se convierte en la causa de los enfrentamientos que tienen lugar en el s. IV.

Como ya hemos advertido, Persia se presenta para Roma como un enemigo supremo y además nunca resuelto; pero este sentimiento es totalmente recíproco, pues igualmente Persia plantea una continua reivindicación en relación a las regiones de Occidente, que

⁴ Marcone, A., 1979, 339.

⁵ Marcone, A., 1979, 339; Piganiol, A., *L'Empire Chrétien*, París 1972², 22.

⁶ Arce, J., 1987, 11; Piganiol, A., 1972², 20.

habían sido conquistadas por el Estado romano a los Seléucidas⁷.

En consecuencia, el territorio motivo de disputa lo constituían los cursos del Tigris, el Éufrates y Mesopotamia, pues de su dominio dependía la seguridad de la Siria romana y el control de la Armenia Mayor que por su posición geográfica formaba un Estado tapón, mientras que la Armenia Menor está directamente incluida en el Estado Romano⁸.

Por lo pronto, puede que hubiera -aunque no todos los investigadores lo aceptan- un reglamento parcial en el 287 debido a que Bahram II, expuesto a la rebelión de su hermano Hormisdas, intentó del Estado romano bien la alianza, bien la neutralidad, para lo cual entregó a Roma la Osrhoene y el conjunto de tierras al oeste de una línea marcada por el Balij y su prolongación hasta el curso superior del Tigris, es decir, Armenia y el Norte de Mesopotamia⁹.

En cualquier caso, lo cierto es que ya en el 296-297 Narsés, tras destronar a Bahram III, se dirigió contra el rey de Armenia: Tiridates, protegido de Roma, y el ejército persa ocupó dicha región, además de Osrhoene, Siria e incluso llegó cerca de Antioquía; ello provocaría de inmediato el inicio de la confrontación.

Diocleciano envió a Galerio en el 297, quien tras partir de Asia Menor invadió Armenia; aunque fue derrotado en un primer momento, logró poco después una decisiva victoria en el valle del Araxes ya que capturaría a la familia del monarca persa; luego, de allí descendió hacia el Éufrates medio, tomó Nísibe y en el otoño llegó a Ctesifonte.

Todo ello obligó a Narsés a aceptar un tratado de paz, la Paz de Nísibe¹⁰; en la cual Diocleciano impuso en el 297 ó 298 sus condiciones:

1. En primer lugar se determinó que en la provincia de Mesopotamia se volvería a los límites de la época de los Severos: el Khabur, el Djebel Sindjar y el Tigris, por lo que se estableció que Roma controlaría las satrapías de la Armenia meridional, al sur de Arsánias; es decir, se produjo la anexión de las 5 satrapías transtigrítanas en la Alta Mesopotamia.

2. En segundo lugar se concedió una compensación al rey de Armenia de los territorios persas en Azerbadjan. Es decir, se consolidó el reino de Armenia bajo la protección romana.

⁷ Arce, J., 1987, 7.

⁸ Marcone, A., 1979, 335.

⁹ *Panegírico* 10, 7, 5; 10, 6-7; Frézouls, E., "Les fluctuations de la frontière orientale de l'Empire romain", *Actes du Colloque de Strasbourg. La Géographie administrative et politique d'Alexandre à Mahomet*, 1979, 214; Seston, W., *Dioclétien et la Tétrarchie*, París 1946; Ghirshman, R., *L'Iran des origines à l'Islam*, París 1976, 287.

¹⁰ Cuya conmemoración se refleja en el arco de Galerio en Salónica; *Cambridge History of Iran* 3, 1, 130 ss.; Chastagnol, A., *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien. La mise en place du régime du Bas Empire* (284-363), París 1982, 102.

3. En tercer lugar se confirmaron las pretensiones de Roma de ejercer un estrecho control sobre el Reino Ibero; de hecho, se estableció que en adelante este rey recibiría del emperador romano las insignias de su realeza¹¹.

Hay además una cláusula controvertida que trataría de la obligación para todas las relaciones entre Persia y el Imperio Romano de pasar por Nísibe¹². Se ha supuesto que esta condición habría estado motivada por las preocupaciones fiscales y monetarias de Diocleciano, por lo que habría afectado más directamente a los comerciantes romanos que a los persas. También se habría tratado con esta disposición de impedir las penetraciones subversivas procedentes del territorio persa¹³.

En cualquier caso con este tratado se provocó un cambio en las fronteras al este de Osroene y al sur de Armenia, por lo que la relación de fuerzas se tornó desfavorable para los Sasánidas¹⁴.

Desde la conclusión de esta paz del 298 parece que las relaciones entre ambos Estados se desarrollaron, no sabemos si con cordialidad, pero sí al menos con un respeto mutuo por ambas partes, ya que no hay noticias de que hubiera habido algún tipo de enfrentamientos. Sin embargo, el recelo de Roma es una realidad, ya que se manifestó en la construcción por orden de Diocleciano de una línea de fortificación en todo el *limes*. En efecto, se realizaría en Mesopotamia, Armenia y Siria, una activa política de construcciones defensivas, se trata de la *strata Diocletiana* (numerosos *castella* y torres de señales y defensa) creada después del 298.

Probablemente el sistema de Diocleciano estaba basado en una línea de fuertes situados a intervalos regulares a lo largo de un camino militar principal de Damasco y Palmira a Sura en el Éufrates. Esta línea tenía una real capacidad defensiva con una legión en Oresa, otra en Sura, y a la vez en Circesium, en la orilla norte del Éufrates, se situaba también una legión. Al oeste de la línea principal, entre el "codo" del Éufrates y la ciudad de Calcis había un haz de caminos, que siguiendo la información de Malalas, se ha identificado con el *limes de Calcis*¹⁵.

¹¹ Lact. *De mort.* 9, 5-7; Amm. 24, 1, 10; 25, 7, 9; Festo, *Brev.* 15; Pedro el Patricio, frag. 14 (Müller, *FHG* IV, 189); Frézouls, E., 1979, 214; Chaumont, M.L., "Conquetes sassanides et propaganda mazdéene (III^eme siècle)", *Historia* 1973, 692; Blockley, R.C., "The division of Armenia between the romans and ther persians at the end of the fourth century A.D.", *Historia* 1987, 223; Warmington, B.H., "Objectives and strategy in the Persian War of Constantius II", *Limes Akten XI. Int. Limeskongresses*, Budapest 1977, 510.

¹² Pedro el Patricio, PG 113, col 675; Frézouls, E., 1979, 214; Stein, E., *Histoire du Bas-Empire*, París 1959, 80; Seston, W., 1946, 174; Arce, J., 1987, 8.

¹³ Frézouls, 1979, 214, 222n. 189: los *saraceni* del desierto sirio-árabe que Amm. 22, 15, 2, identifica con los árabes Escenitas, i.e. nómadas.

¹⁴ Frézouls, 1979, 215. Aur. Vict. *De Caes.* 39, 36.

¹⁵ Se considera que ahora es cuando la ciudad de Amida pasa a ocupar un lugar de importancia en esta zona, cfr.; Frézouls, 1979, 215; Arce, J., 1987, 8; Liebeschuetz, W., "The defences of Syria in the Sixth century", *Studien zu den Militärgrenzen Roms*, Colonia 1977, 488; Mousterde, P., Poidebard, A., *Le limes de Chalkis*, París 1945.

Por otra parte, las relaciones entre ambos Imperios se veían amenazadas no solo por los encontrados intereses territoriales, sino a la vez por cuestiones de carácter religioso. En efecto, el hecho de que fuera Constantino el que alcanzara en última instancia el máximo poder en Roma, implicó que una de sus preocupaciones, como es bien conocido, fuera el de la "protección" a la población cristiana. Por ello, se inmiscuirá en los asuntos internos persas. Un ejemplo lo puede representar el hecho de que enviara una carta al rey Sapor II¹⁶ para que no actuara en contra de sus súbditos cristianos, lo que motivó que éste sospechara de inmediato de ellos.

No debe extrañar que la excusa religiosa resultara útil para el emperador romano, ya que ella le legitimaba y le permitía mostrar su recelo e incluso sus amenazas a un vecino, no precisamente bien aceptado y que además ahora con Sapor II se tornaba más peligroso. En efecto, el Estado persa contaba con un nuevo monarca; el hecho es que tras Narsés y un período de más o menos calma debido a problemas dinásticos, el trono sasánida lo va a ocupar el rey Sapor II, cuyo período de gobierno (309-379) supuso el punto culminante del poderío sasánida; por ello, no debe asombrar que una de sus preocupaciones fuera la de recuperar aquellos territorios occidentales, especialmente Armenia, que habían perdido sus antecesores ante Roma¹⁷.

La conjunción de estos hechos hace que se desencadene la guerra, en cualquier caso iniciada, al parecer, por Sapor y el enfrentamiento se dió en Mesopotamia; éste se apoderó de Armenia¹⁸. La respuesta de Constantino consistió en el envío de su sobrino Hannibaliano, a quien además nombró rey de Armenia¹⁹, acto que significaba la anexión de este territorio por parte romana.

Es posible y así se ha señalado que Constantino tuviese interés en que se llegase a una ruptura de hostilidades con el Estado persa para de esa forma conseguir una culminación a sus triunfos militares ya obtenidos con los godos y los sármatas²⁰.

Al parecer Hannibaliano obtuvo algún éxito, pero la muerte de Constantino suspendió las hostilidades, por lo cual este conflicto formó parte de la herencia del hijo de Constantino, Constancio II -ejecutado ya Hannibaliano-, quien pudo llegar a un acuerdo con Sapor II, una vez que éste se vió obligado a levantar el asedio de Nísibe en el 338, que había sido eficazmente defendida por su obispo Santiago²¹. Este acuerdo consistió en hacer un nuevo reparto por el que se devolvía Armenia a un Arsácida²².

En cualquier caso, lo cierto es que todo el reinado de Constancio II se vio envuelto en la guerra persa en la que alternaron períodos de calma con hechos dramáticos como

¹⁶ Eus. V. Const. IV, 9-13; Frézouls, 1979, 216; Piganiol, A., 1972 (2), 62: Hay quien considera que esta carta es una falsificación.

¹⁷ *Cambridge History of Iran* 3, 1, 137; Ghirshman, R., 1976, 287.

¹⁸ Se le reventaron los ojos y se le llevó en cautividad. Frézouls, 1979, 216.

¹⁹ Amm. 14, 1, 2; Philost. 3, 22; Frézouls, 1979, 216; Warmington, B.H., 1977, 512.

²⁰ Warmington, B.H., 1977, 509.

²¹ Piganiol, A., 1972 (2), 84; Peeters, R.P., *AB* 1920, 291; Stein, E., 1959, 212.

²² Frézouls, 1979, 216.

fue la pérdida de la ciudad de Amida²³.

En efecto, Constancio II en el 343 franqueó el Tigris²⁴ luchó contra los persas en Adiabene, y tomó el título de *Adiabenicus*. El resultado concreto fue el de impedir una vez más que los Sasánidas se apoderaran de Nísibe en el 346; después se concluyó una tregua para, a continuación, recomenzar la lucha en el 348 y esta vez los romanos sufrieron una grave derrota en Singara, pues Constancio intentó evitar el combate, pero sus soldados indisciplinados se lanzaron a la ofensiva y lograron apoderarse del campamento enemigo; en pleno pillaje romano los persas llevaron a cabo un contraataque que masacró a las fuerzas romanas²⁵; ahora bien, Sapor volvió a fracasar por tercera vez ante Nísibe en el 350.

Posteriormente, del 350 al 358, se desarrolló una etapa de tranquilidad en la frontera porque Sapor estaba ocupado en otra parte de su imperio. Se trataba del problema que representaba el ataque de los nómadas procedentes del Asia Central en su frontera oriental²⁶; este acontecimiento permitió a Constancio II a su vez dirigirse también a Occidente para hacer frente a la grave crisis que se había desencadenado con motivo de la usurpación de Magnencio, desde el 350, y que había supuesto nada menos que la muerte del emperador, su hermano Constante. Todo ello, significaba que la estabilidad y unidad del Imperio estaba en peligro; igualmente, suponía un grave riesgo para la continuidad de la propia familia constantiniana; por ello, Constancio al dirigirse hacia Occidente dejó al frente de los asuntos de Oriente, al menos nominalmente, a su sobrino Galo, como César.

Además, en relación con este nombramiento se encuentra la primera separación del mando centralizado del *comitatus* constantiniano, pues a Ursicino se le dió el mando del ejército en el Este con el rango de *magister equitum*.

Por otra parte, ausente Constancio de Oriente el PPO de Oriente Musoniano actuó por su cuenta e intentó aprovechar las dificultades de Sapor en su frontera oriental y según *Amm.* (16, 9) sugirió al sátrapa de Asiria y de Babilonia, Tamsapor que se debería llegar a un acuerdo solemne de no agresión, ya que la paz con Roma les permitiría actuar con más libertad. Ahora bien tal proposición fue interpretada como un signo de la debilidad romana, además de que en ese momento 357/358 el Estado persa se encontraba ya en una posición de fuerza al haber rechazado el peligro que le amenazaba la frontera oriental pues se había concluido una alianza con los chionitas.

En cualquier caso, una vez que había asegurado su frontera oriental, Sapor se dirigió nuevamente hacia Occidente. En primer lugar, el soberano persa envió en el 358 una embajada a Constancio con la reclamación de la tradicional reivindicación sasánida, la cual

²³ *Amm.* 19, 1-8; Frézouls, 1979, 216, 221: Amida es el testimonio de cómo un lugar es a la vez importante por sus fortificaciones, su concentración de fuerzas romanas y encarnizamiento de los combates; es la llave de la Alta Mesopotamia y Constancio II la hizo el centro de un dispositivo defensivo considerable.

²⁴ *Lib., Or.*, 59, 83.

²⁵ Piganiol, A., 1972 (2), 85.

²⁶ *Amm.* 14, 3, 1 y 16, 9, 3; Warmington, B.H., 1977, 514.

exigía la recuperación por parte de Persia de todo el territorio aqueménida, pero realmente se insistía solo sobre Armenia y Mesopotamia. Como es lógico, Constancio rechazó la petición de Sapor, aunque no cerró la puerta a un posible acuerdo de paz, porque envió una embajada encabezada por el *comes* Próspero. En la réplica romana se negaba formalmente la sugerencia de Musoniano. Pero la embajada de Próspero se encontró a Sapor en plena preparación para un ataque, sin embargo, Constancio envió una segunda misión que no era sino una obvia dilación táctica²⁷.

Ciertamente el rey sasánida promovió las hostilidades; al parecer, el nuevo plan de Sapor era el de moverse rápidamente por Mesopotamia y Osroene al Éufrates y luego cruzar a Siria; es decir, se trataba de llevar a cabo una larga *razzia*; ahora bien, la noticia que llegó a Sirmio, lugar de residencia de Constancio II, fue la toma y saco de la ciudad de Amida por el ejército persa. Por ello, de forma inmediata el emperador romano se puso en camino hacia la frontera oriental, pasó el invierno del 359/360 en Constantinopla y llegó en primavera al frente de Mesopotamia donde no fue capaz de evitar que Sapor II tomara en el 359 Amida y en el 360 Singara y Bezabde.

Sin embargo, poco después Sapor retiraría su ejército y *Amm.* (21, 13, 8) solamente dice que el rey no había tenido auspicios favorables; al parecer, los oráculos prohibían al ejército franquear ese año cualquier río²⁸.

Ciertamente resulta difícil de explicar esta actitud del rey persa, aunque se supone que en el balance de ganancias y pérdidas, posiblemente éstas superaran a aquéllas. En cualquier caso, el hecho es que la situación en la frontera oriental romana a la muerte de Constancio II y tras más de 20 años de hostilidades era la siguiente: el Tigris se encontraba aún bajo poder romano excepto en Bezabde, aunque también es cierto que un número de ciudades y puntos fortificados habían sido destruidos; de cualquier forma, por razones geográficas debe admitirse que todas o la mayoría de las *regiones transtigritanas* habían pasado bajo control persa, pero Armenia permaneció como aliado de Roma²⁹.

Por otra parte, en numerosas fuentes se prestó atención a la política fronteriza de Constancio II y se expresaron con frecuencia diversas opiniones al respecto. En general, según parece, la opinión que suscitó dicha política fue desfavorable por carecer de un carácter ofensivo, e incluso parece que un sector de la historiografía antigua³⁰ le reprochó su falta de iniciativa.

Estas opiniones contrarias a Constancio se han explicado por una parte porque constituye un tópico de la historiografía latina y por otro porque estos historiadores preferían la política agresiva posteriormente seguida por Juliano.

Así pues, la actitud de Constancio II en la frontera oriental romana fue simplemente de carácter defensivo, de vigilancia y reforzamiento de la línea fronteriza. Ahora bien, eso

²⁷ Warmington, B.H., 1977, 515.

²⁸ Piganiol, A., 1972 (2), 119.

²⁹ Chastagnol, A., 1982, 133; Marcone, A., 1979, 335; Warmington, B.H., 1977, 512 ss.; Festo, *Brev.* 27.

³⁰ *Aur. Vict.*; *Amm.* 21, 16, 15; *Eutrop.* 10, 10, 1; *Lib. Or.*, 18, 206 ss.

no impide que igualmente sea destacable la continua dedicación prestada por el emperador al problema de la frontera; en efecto, es verificable cómo acudía de un lugar a otro de la frontera: Amida, Bezabde, Antioquía, Nísibe, Antinunópolis, Reman, Busan, Barsalo, Calínico, Vista y Singara, y cómo se preocupaba de sus defensas y fortificaciones³¹. Esta intensa actividad fronteriza constituyó un rasgo característico de la política imperial de la época, ya que se observa el mismo fenómeno en occidente con el emperador Fl. Jul. Constante.

A continuación nos encontramos con el trágico suceso de la expedición de Juliano, que tras un comienzo prometedor se frustra por la muerte del emperador.

Al parecer, la campaña de Juliano no pretendía anexionar territorios en Mesopotamia o "destruir a los persas" como proclama el gran discurso recompuesto por *Amm.* (23, 5, 16-23): *Abolenda nobis natio molestissima...*, sino que su objetivo era restaurar el prestigio del Imperio romano y restablecer su dominio en Armenia; quizá solo eventualmente pretendería reemplazar a Sapor por un sasánida más comprensivo, un tal Hormisdas, que acompañaba al ejército romano en la campaña; igualmente se ha hecho referencia a motivaciones de tipo religioso en la empresa de Juliano³².

En cualquier caso, todas las cuestiones relacionadas con esta expedición resultan extraordinariamente controvertidas y han sido motivo de vivas discusiones, tanto en lo relativo al objetivo real de la campaña como a, fundamentalmente, los límites de ésta.

Respecto a lo primero se cita el ansía de emular a Alejandro y a Marco Aurelio (*Jul. Ep.* a Temistio 253 A-253 B); por otra parte, se ha señalado que la campaña contra los persas organizada por Juliano era poco popular (*Amm.* 23, 1, 5-7). Efectivamente, se ha observado que alrededor de Juliano había dos partidos: uno favorable a la expedición y el otro contrario, e incluso hubo un complot militar para asesinar a Juliano mientras pasaba revista a su ejército en Antioquía (*Lib. Or.* 18, 194; 15, 43; 12, 84 ss.).

El sector contrario a la campaña contra los persas se constituía por elementos occidentales, que no deseaban que su emperador (elevado al trono con el apoyo de Occidente, que aquí debe identificarse con la Galia) arriesgara la seguridad de Occidente con una expedición tan alejada como era el Estado persa.

Además, a la oposición a la campaña persa programada por Juliano hay que añadirle un factor religioso, pues Juliano desprecia en todo momento el consejo y la opinión de los harúspices y prefiere el de los "filósofos", es decir, se produce un enfrentamiento entre por una parte los harúspices etruscos que se presentan como los intérpretes de la voluntad de los dioses mediante su ciencia adivinatoria y por otra está el grupo de los *philosophi* que también se definen por su religión, a los que se les podría conocer como los neopaganos en los que hay una tendencia sincrética y filosófica por oposición al paganismo conservador de otros medios romanos³³.

³¹ Arce, J., 1987, 8-9; Warmington, B.H., 1977, 518.

³² Marcone, A., 1979, 340 ss.

³³ Geffcken, J., *Kaiser Julian*, Leipzig 1914, 117; Marcone, A., 1979, 342 ss.; Conduché, D., "Ammiem Marcellin et la mort de Julien", *Latomus* 1965, 364-5.

Desde luego, los presagios de la campaña eran negativos, pues los Libros Sibílicos que Juliano había ordenado consultar, expresaban la prohibición de que ese año se ausentase el emperador de su territorio (*Amm.* 23, 1, 5-7); además, durante toda la campaña se sucedieron una serie de incidentes que fueron interpretados como de mal augurio³⁴.

Juliano salió de Antioquía el 5 de marzo del 363. Destacó una pequeña fuerza (16.000 hombres, Zósimo) bajo un pariente, Procopio, y el conde Sebastián con el objetivo de que cruzara el Norte de Mesopotamia e invadiera Adiabene. A la vez el mismo emperador marchó con el grueso del ejército (50.000 hombres y una flota de 100 barcos para provisiones y material) a lo largo del Éufrates, la ruta directa de Babilonia, acompañado por el PPO de Oriente Salustio, el *magister Officiorum* Anatolio, los filósofos Máximo y Prisco y el médico Oribasio.

Juliano derrotó al ejército persa que protegía Ctesifonte, la capital del reino, pero no intentó capturar la ciudad. No debe olvidarse que esta ciudad era considerada fatal para la guerra romana contra Persia, ya que había una superstición que hacía de Ctesifonte el límite máximo concedido al destino de la expansión romana en Oriente³⁵.

Además la decisión de Juliano de no intentar la captura se debería a dos razones; por una parte, a que sabía que el rey persa no presentaría batalla campal en este lugar, y por otra, a sus propios soldados que ya habían dado muestras de disgusto, por lo que no convenía embarcarlos en un asedio que sería excesivamente largo y que les bajaría la moral; por ello, prefirió, con audacia, ir al encuentro del rey persa³⁶. Quemó la flota que había hecho llevar al Éufrates y marchó hacia el Norte para unirse con Procopio, pero la situación se volvió angustiosa pues encontró grandes dificultades en el avance a través de un país devastado y con un móvil y esquivo enemigo que hostigaba en los flancos. En una de estas escaramuzas, sin que se haya podido determinar con exactitud el lugar en el que sucedió, fue herido por un lanzazo a consecuencia del cual murió el 27 de junio del 363³⁷.

Una cuestión que resulta peliaguda es la referida al autor del lanzazo que provocó la muerte del emperador, ya que existe la sospecha de que no fue un persa sino un soldado romano.

Por su parte, *Amm.* (25, 3, 6) recoge la opinión de que no se sabía muy bien de dónde había procedido la lanza (*incertum unde*) y también afirma (25, 6, 6) que no era cierto el rumor según el cual el golpe procedía de un dardo romano; luego, Zósimo solo se refiere a que fue golpeado por una espada y Libanio (*Or.* 24, 6, 18; *Or.* 28, 275) acusa explícitamente a un soldado cristiano pues afirma que fue un *Taienos* bajo instigación cristiana; mientras que Gregorio de Nazianzo (*Or.* 5, 13) no excluye la posibilidad de que

³⁴ Conduché, D., 1965.

³⁵ Arce, J., 1987, 5: en un panfleto de finales del siglo IV se encuentra la profecía de que "ningún príncipe romano logrará ir más allá de Ctesifonte". Además hay dos pasajes significativos relativos a la muerte de Caro, el *De Caesaribus* 38, 3-5, y la *Historia Augusta, Vita Cari* 9. Cfr. Marcone, A., 1979, 349.

³⁶ Marcone, A., 1979, 350.

³⁷ Chastagnol, A., 1982, 154; Marcone, A., 1979, 353; Conduché, D., 1965, 359-380.

fuera un romano el responsable del crimen. Por su parte Philostorgio (VII, 15) dice que fue un sarraceno.

Un hecho que podría presentarse como contradictorio respecto de la autoría del crimen es que Ammiano señala que la oposición importante a Juliano durante la campaña persa era esencialmente pagana y que ella fue la que se aprovechó de la muerte del emperador³⁸, por lo que podría suponerse que fueron paganos los asesinos de Juliano o al menos los instigadores del asesinato; sin embargo, Libanio es el que ofrece la versión contraria de una responsabilidad cristiana en el magnicidio.

Sin embargo, como se ha señalado, la honestidad del relato de Amm. está fuera de toda duda -además de haber sido testigo de los hechos-, por lo que si no habla de una oposición cristiana a Juliano durante la campaña persa es que ella no fue importante, y por lo tanto difícilmente responsable de tal acto.

En consecuencia, la divergencia entre el testimonio de Amm. y el de Libanio se puede explicar desde otra perspectiva, desde las propias condiciones personales de ambos autores. Ya hemos advertido la credibilidad generalizada de que goza el relato de Ammiano; por su parte, Libanio estaba condicionado por lo que vió durante la estancia de Juliano en Antioquía: una fuerte oposición cristiana (incluso hubo dos mártires: Juventino y Maximino), una oposición a la política religiosa y no a la expedición militar programada por el emperador. No obstante, Libanio simplemente dedujo de los acontecimientos que él había visto en Antioquía, que la muerte de Juliano fue motivada por los cristianos³⁹.

Con todo, Libanio nos proporciona una información de gran interés; se trata de que el autor del asesinato era un *Taienos*. Ya dijimos al principio de esta exposición que este nombre era la versión griega del siríaco *tayyaye*, equivalente a *sarakenoi*. En consecuencia, Libanio alude a un miembro de las tribus de sarracenos del desierto de Siria. Ahora bien ¿en qué ejército combatía?. Aquí puede observarse algo que ya habíamos advertido, el hecho de que las tribus de sarracenos de los desiertos de Siria actuaban tanto frente a Roma como frente a Persia sin conciencia alguna de fidelidad y únicamente se movían en razón de sus propios intereses. En definitiva, este *Taienos* pudo ser perfectamente el instrumento de un complot que desde las propias filas romanas se había dirigido contra el emperador. Así se pueden conciliar los diferentes datos de las fuentes.

En cualquier caso no se cubrieron los objetivos previstos por Juliano, sino que además, con la muerte del emperador, cundió el pánico en el ejército y el nuevo emperador, Joviano, tuvo que concluir una paz en el mismo año 363, ciertamente desfavorable para Roma, según Amm. (25, 3-6) una *pax pudenda* pues se perdió una gran parte de la provincia de Mesopotamia, se abandonó Singara y Nisibe, cuya población fue expulsada, se abandonó más de la mitad de la Armenia meridional adquirida en el 297, es decir, las 5 satrapías transtigrítanas; también se renunció a todo control sobre el Reino armenio, y se aceptó el pago de un tributo a los persas con la excusa de que juntos frenarían en el

³⁸ Conduché, D., 1965, 373.

³⁹ Conduché, D., 1965, 374 ss.

Cáucaso a los invasores del norte⁴⁰, alanos y nómadas.

Aunque Joviano murió pronto, lo cierto es que las consecuencias de este acuerdo fueron duraderas, pues de hecho se había firmado una paz para un período de 30 años. De esta manera se produjo la sumisión del rey de Armenia a los persas, así como la imposición de los Sasánidas sobre Iberia⁴¹.

Además algo que resulta de gran interés es que podemos determinar cuál fue la reacción que suscitó en la opinión pública romana este tratado; lo interesante está en que éste es uno de los pocos casos en los que hay documentos que nos permiten hacernos una idea respecto de un estado de opinión existente en la sociedad romana. En efecto, según los testimonios disponibles este tratado fue considerado como una vergüenza insuperable⁴².

Sin lugar a dudas se había modificado sensiblemente el equilibrio de fuerza, con un claro perjuicio para Roma, aunque en relación a la frontera Roma conservó el mismo territorio de antes de la anarquía militar, por lo que el resultado conseguido con el tratado del 363 consistió en la anulación de los avances logrados durante la Tetrarquía⁴³.

Seguidamente se desarrollan una serie de acontecimientos que resultan bastante confusos y difíciles de precisar.

En el reinado de Valente y durante el conflicto que este emperador tiene con la insurrección de Procopio y la guerra gótica, el rey persa Sapor II aprovechó la ocasión para ocupar Armenia e Iberia; aunque las expediciones o campañas que se realizan (364-368) no resultan bien conocidas, parece que logró hacer prisionero al rey de Armenia, al que mataría al cabo de unos años, mientras que en Iberia, expulsó al gobernante que había sido instalado por Roma y lo reemplazó por un vasallo suyo (a. 369).

Valente envió una misión con la orden de que restableciera en Armenia la dinastía Arsácida pero, sin más apoyos militares, no hubo posibilidad de mantenerla.

Una vez que el emperador romano se vio libre de otros conflictos (verano del 370) se dirigió a Oriente, en concreto a Siria, para dirigir las operaciones militares. En efecto, en el 370 el ejército romano entró en Iberia con 12 legiones y restableció al rey. A continuación, y sin que mediara declaración de guerra se enfrentaron militarmente Roma y Persia, cuyo resultado fue una victoria romana en un lugar llamado Vagabante o Bagavan (*Amm.* XXIX, 1; *Zos.* 4, 13).

⁴⁰ *Amm.* 25, 7, 9-13; *Zos.* 3, 30-34, 1; sobre el tributo, Juan Lydus, *De magistratibus*, 3, 52 ss.; Frézouls, 1979, 217; Jones, A.H.M., *The Later Roman Empire (284-602)*, Oxford 1973², I, 138, II, 1095; Marcone, A., 1979, 353.

⁴¹ *Amm.* 27, 12, 4 y 16-18, sobre el rey de los iberos, Sauromaces que fue destronado y reemplazado por Aspacures, un cliente de los persas, pero luego fue restablecido Sauromaces en el 370, en una parte de su reino por un cuerpo expedicionario romano; cfr. Frézouls, 1979, 217.

⁴² Turcan, R., *L'abandon de Nisibe et l'opinion publique (363 ap. J.C.)*, Mél A. Piganiol, 1966, 875-890.

⁴³ Frézouls, 1979, 217.

Seguidamente se inician negociaciones con posiciones difíciles de conciliar: Sapor propuso la partición de Armenia, que Valente deseaba conservar íntegramente, mientras que Valente proponía la partición de Iberia, que Sapor reclamaba en su totalidad. Al final se llegó a un acuerdo porque Valente era reclamado urgentemente en el frente danubiano, ya que allí se cernía la grave amenaza de los godos (Zos. 4, 22). Así pues, se produjo el abandono de Iberia por Roma⁴⁴.

Ya el reinado de Teodosio coincidió afortunadamente con un período de debilidad del Estado sasánida, pues Sapor II había muerto en el 379 y su hijo Sapor III no parecía tener el mismo carácter. En consecuencia, se llegó a un acuerdo quizá en el 384, 387 ó 389⁴⁵, en virtud del cual se repartió Armenia, aunque de forma desigual, pues aproximadamente correspondió a Roma un quinto y cuatro quintos a Persia⁴⁶. La nueva frontera seguía una cierta lógica geográfica: prolongaba por el valle del Nymphios el límite oriental de la Mesopotamia romana, atravesaba el Antitauro y ganaba al norte Theodosiópolis, que reemplazaba ahora a Elegeia. El posterior desarrollo de las relaciones entre ambos Estados se vieron determinadas por los peligros procedentes del exterior, invasiones de los pueblos bárbaros que supusieron una amenaza para ambos por igual, de forma que se vieron obligados a entenderse para no entretener fuerzas que tan necesarias les eran en otros frentes⁴⁷.

En cualquier caso, la respuesta que a partir de ahora se dé a los problemas orientales procederá no ya de Roma sino de Constantinopla.

¿Qué valoración merece el s. IV respecto de la posición romana en la frontera oriental? No hay duda de qué una época de intensa actividad en el reforzamiento o incluso construcción del *limes* oriental. Las fronteras se pueden seguir de la siguiente manera:

1. Al norte del Tigris avanzan por primera vez en Armenia.
2. En Mesopotamia se vuelve a encontrar, del Éufrates al Tigris, la línea del Khabur y el Djebel Sindjar, adquirida en la época severiana y perdida en época de la Anarquía militar.

⁴⁴ Piganiol, A., 1972 (2), 176.

⁴⁵ Frézouls, 1979, 217: sobre la simultaneidad del tratado y la partición y la fecha de uno (384 ó 387) y de la otra (387, 389, 390?) se ha discutido mucho, cfr. Stein E., 538 ss.

⁴⁶ Frézouls, 1979, 217-8; en realidad el tratado había creado tres Armenias:

Las 4 satrapías de Armenia meridional dejadas a Roma en el 363.

La Armenia del NW, entre el alto Tigris, el Nymphios y el Éufrates.

El resto, es decir, lo esencial, territorial e históricamente, bajo el dominio persa.

Blockley, R.C., 1987, 222 ss.

⁴⁷ Frézouls, 1979, 219: las invasiones de alanos, hunos, ostrogodos llevan a los Estados romano y persa a la firma de tratados de paz en el 422 y 442, que no implican cambios territoriales sensibles.

3. En Siria, ya desde Aureliano, y una vez abatida Palmira se había restituido a Roma el dominio de un espacio que se le escapaba desde hacía tiempo.

Los avances y retrocesos se traducen en construcciones o reconstrucciones de obras militares; de hecho, la ocupación militar es densa, pues por diversa documentación se puede admitir la presencia simultánea, al menos en ciertos momentos, entre Diocleciano y Teodosio de⁴⁸:

2 legiones en Arabia.

5 legiones en Siria y Palestina.

5 ó más legiones en Mesopotamia.

3 legiones o menos en el resto de la frontera hasta el Ponto Euxino.

La arqueología demuestra igualmente esta intensa presencia: sobre la cara sur del Éufrates medio en Sura, Resapha, Nicephorium - Callinicum, Circesium se han encontrado visibles e importantes vestigios de arquitectura militar del Bajo Imperio; en Tell el Hajj (Eragiza?), en Debsi Faraj (Neocaesarea?) los hallazgos recientes han sacado a la luz a la vez que edificios de otros períodos, los de la Tetrarquía o época constantiniana⁴⁹.

En Mesopotamia se dio una fiebre edilicia particular. Aunque la arqueología da aquí menos testimonios que en el Éufrates, los textos hablan abundantemente de fortificaciones del s. IV: Singara, Rhesaena, Carrhas, Edessa, etc. y sabemos qué papel han jugado otras ciudades sobre una línea paralela a la frontera del Tigris: Constanti(n)a, Marde y sobre todo Nísibe, que *Amm.* (18, 7, 9) califica de "el cerrojo más sólido de Oriente", o también los numerosos *castella* del Monte Masios del valle del Tigris com Phoenice -Bezabde (*Amm.* 20, 7, 1), o las provincias transtigritanas⁵⁰.

Las modificaciones más importantes se dan en las comunicaciones, la más importante se trata de la *strata Diocletiana* que mira al desierto de Siria, y que ha llenado una laguna completa del sistema anterior: sobre el Éufrates a Palmira y hacia Dmeir y Bostra, la nueva ruta permitía resistir, gracias a una mayor rapidez de circulación, las presiones de los *sarakenoi* y la invasión persa. El rasgo de este *limes* es que hay una yuxtaposición sobre una misma frontera de un *limes* de montaña, de un *limes* fluvial y de un *limes* desértico y por otra parte un aprovechamiento de aglomeraciones urbanas de larga tradición estratégica.

⁴⁸ Frézouls, 1979, 220.

⁴⁹ Frézouls, 1979, 220 n. 180.

⁵⁰ Frézouls, 1979, 221 n. 184: según Dilleman, *Haute Mesopotamie orientale et pays adjacents*, París 1962, 216-218, los territorios transtigritanos habían sido abandonados de hecho por los romanos a partir de Constantino, con las fortalezas que existían: esta hipótesis es difícil de aceptar; *contra*, Honigman, E., *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071*, Bruselas 1935.

Sin embargo, nada de ello servirá cuando se presenten más tarde los jinetes que avanzan enarbolando una nueva fe, la fe islámica que justifica la ruptura del ordenamiento que caracteriza a la Antigüedad y que ofrece el surgimiento de una nueva etapa de la Historia.